

Los peligros de la Ideología Revolucionaria

José Virtuoso

Una novedad importante continúa surgiendo y consolidándose en muchos de nuestros barrios urbanos. Se trata de la proliferación de organizaciones y grupos populares que desde la solidaridad y unidad comunitaria toman entre sus manos distintas áreas de la vida civil para su promoción y defensa. Así nacen y crecen juntas de vecinos, cooperativas de ahorro, consumo y/o producción, grupos culturales, organizaciones ecológicas, comunidades educativas de padres y representantes, etc. Todos estos intentos de cooperación y lucha se alimentan desde la conciencia de la propia dignidad humana atropellada por los grandes señores de la ciudad, la demagogia de los políticos y la indiferencia de los organismos públicos. El caminar de estos grupos y organizaciones ha sido lento y difícil y a veces hasta insignificante. Muchos murieron por el cansancio y la frustración, otros han sido asimilados por los partidos políticos, otros en cambio han perseverado y nos dicen con su ejemplo y tesón que es posible lo echado a andar.

En la medida en que este sujeto organizado avanza en sus luchas reivindicativas comprende la complejidad de las mismas. El pequeño y localizado problema de un barrio se vislumbra como parte de la problemática nacional y la solución efectiva de aquel depende de grandes decisiones políticas. Así, por ejemplo, una junta de vecinos que lleva años peleando en el concejo municipal respectivo por la instalación de la red de cloacas en su barrio, comprende que su problema es una consecuencia de la distribución del presupuesto nacional y de la pésima organización y administración de la estructura municipal. También entiende que para lograr la red de cloacas necesita influir en los encargados de tomar las decisiones concernientes y para ello hay que organizarse, presionar y participar en la lucha real de poder de esta sociedad. De esta manera, aquello que comenzó siendo un "problemita" se convierte en un "problemon" y la pelea ha devenido en lucha política.

Nace entonces la necesidad de entender la realidad para transformarla. La cosa no es fácil ni la solución está al alcance de la mano. Es también una pelea de

señal: de un lado hay bombas y del otro arcos y flechas. No se puede ir ingenuamente al combate con los ojos vendados a buscar la salida del conflicto. Hay que estudiar y analizar cuáles son los problemas que se tienen entre manos, cómo enfrentarlos con éxito, hasta dónde negociar, etc.

Así viejos y jóvenes, amas de casa y trabajadores, letrados y sin letras, organizan cursos, talleres, jornadas de reflexión, charlas, diálogos, para entender y analizar la realidad social, comprender su lógica interna, visualizar las posibles estrategias específicas de lucha y alimentar su praxis en general. La formación teórica se va viendo como una herramienta imprescindible para el fortalecimiento de las organizaciones y grupos populares.

He asistido y brindado mi aporte a este proceso de reflexión popular. Han sido experiencias bien placenteras e interesantes. Sin embargo pienso que no está de más advertir sobre un peligro que amenaza con introducirse subrepticamente a través de algunos dirigentes populares en este esfuerzo titánico de analizar, comprender y transformar la realidad. Me refiero al peligro de la ideología revolucionaria que consiste en la sustitución del análisis y estudio de la realidad social por el "slogan" fácil, la interpretación rápida y el juicio sin matices que todo lo pinta del mismo color. Esta sustitución no ayuda para nada al movimiento popular ya que puede castrarlo y aniquilarlo políticamente.

LA IDEOLOGIA REVOLUCIONARIA

Fueron Marx y Engels los pioneros en precisar este concepto y en expresar sus consecuencias para las luchas populares. En la Ideología Alemana sostienen que la ideología revolucionaria es primero que todo ideología. Es decir, se trata de una forma de explicar la realidad social a partir de un discurso cerrado en sí mismo que no se deja penetrar de las contradicciones presentes en la sociedad y en la historia. Por ello es una explicación abstracta del mundo, desconocedora de lo real. No obstante, dadas sus pretensiones de dar cuenta de la totalidad y de presen-

tarse como la verdad en sí misma, el resultado es la falsedad, la ilusión, la equivocación, la ignorancia y, lo que es más grave aún, el ocultamiento de la realidad. El surgimiento y mantenimiento de las ideologías no se debe solamente a la ingenuidad o limitaciones del pensamiento. Ellas son sobre todo un producto social de los distintos intereses presentes en la sociedad y coadyuvan a favor de ellos (1).

La ideología revolucionaria quiere ser revolucionaria. Esta se presenta como una denuncia de la situación de opresión y de injusticia de la sociedad, como la respuesta antagónica a la ideología de las clases dominantes, como el juicio crítico que intenta despertar las conciencias adormecidas. Pero la intención no es sólo la denuncia sino también el anuncio de una nueva realidad —la tierra prometida— que a manera de utopía debe jalonar los esfuerzos y sacrificios del presente hacia un próximo futuro no lejano.

Vistas así las cosas, hay que preguntarse por los peligros reales que la ideología revolucionaria puede traer al movimiento popular. En primer lugar ésta, en cuanto ideología, está reñida con el análisis. En efecto, la ideología funciona a través de juicios claros y distintos, soberbios y contundentes en sus afirmaciones. El análisis, en cuanto que trata de tomar en serio toda la complejidad social, más que a conclusiones acabadas arriba a preguntas, es humilde en sus afirmaciones, es hipotético en sus teorías. El análisis siempre está en búsqueda, nunca se dá por satisfecho; por eso está abierto a la novedad y a la sorpresa. La ideología es un discurso cerrado en sí mismo, no admite modificaciones. El análisis ve a la realidad en cambio y proceso; la ideología ve a la sociedad y a la historia como realidades estáticas. Así la ideología brinda un diagnóstico equivocado y errado a la conciencia, pero bajo la apariencia de lucidez y verdad absoluta. Por ello es obstáculo para la transformación de la sociedad y de la historia porque tergiversa y engaña, porque oculta la totalidad de la realidad.

La ideología revolucionaria tampoco es un instrumento que permite actuar sobre la realidad para transformarla, ya que al ocultarla desvía también hacia el enga-

ño político proponiendo metas a conseguir que no se adecúan con las circunstancias. Esta fue la polémica de Lenin contra los "izquierdistas" de la Rusia de 1918 (2). En efecto, Lenin fustiga duramente a todos aquellos comunistas que, bajo un verbo inflamado de consignas radicales, criticaban la política pacifista de la Rusia revolucionaria al final de la primera guerra mundial y la alianza con la burguesía para la transformación capitalista del Estado. Lenin comprende que eso es "lo posible" y lo más conveniente en aquel momento, por paradójico que sea. Los llamados izquierdistas proponían la realización de grandes metas sin la necesaria mediación de los pasos y negociaciones a corto plazo. El análisis de aquella situación mostraba que ser revolucionario radical a ultranza significaba hacerle el juego al enemigo. La acción concreta, específica y eficaz hoy depende de un acertado y objetivo diagnóstico de la situación. Sin ello se puede disparar a elefantes a millas de distancia mientras una diminuta áspid acecha a pocos metros.

Por último, la ideología revolucionaria es irresponsable. Esta es la crítica fundamental de Marx a los socialismos utópicos y religiosos que servían de base a algunos movimientos obreros europeos de su tiempo. Así en su polémica contra Wilhelm Weitling (1808-1871) declara: "Se engaña al pueblo al agitarle, sin fundar al propio tiempo, su actividad sobre unas bases sólidas. El despertar fantásticas esperanzas no aporta la salvación sino más bien la perdición de los que sufren. Hasta ahora la ignorancia y la fantasía no han servido jamás a nadie" (3).

Lo dicho no suprime la necesidad de mantener en el movimiento popular la esperanza utópica y la ilusión del porvenir como horizonte motivador de la praxis diaria. Lo irresponsable radica en mantenerse solamente en esa dimensión sin esmerarse en el análisis, sin bajarse de lo utópico a lo posible y realizable hoy y en no fundar sobre bases firmes la actividad transformadora.

CONTRA LA IDEOLOGIA REVOLUCIONARIA

Yo no conozco en el movimiento popular venezolano la existencia de ideologías revolucionarias definidas y elaboradas en cuanto tales, como podrían ser un determinado tipo de populismo o anarquismo o de socialismos utópicos o religiosos. Lo que creo es que sí existe la amenaza de asumir por parte de algunos dirigentes populares el esquema del discurso ideológi-

co revolucionario.

Los siguientes ejemplos pueden aclarar lo dicho. Cuando se analiza por qué la gran mayoría de los venezolanos votan por AD y COPEI y la respuesta es que la gente está alienada y embrutecida por los medios de comunicación social y que es incapaz de pensar y actuar críticamente, no se está dando cuenta de la realidad en su complejidad, sino que se ha sustituido ésta por un "slogan" facilitón que no interpreta en su totalidad la percepción y cultura política del pueblo. Además, cuando ante ese diagnóstico la solución es la concientización como talismán invencible y portentoso, además de que los resultados a la larga de tal gestión resultan infructuosos y frustrantes, tampoco se ha entendido lo que es el diálogo directo y de tú a tú con el pueblo.

También, cuando se propone el antipartidismo total y el vanguardismo sectario como salidas políticas al movimiento popular, se están estrechando los cauces para la acción política posible y eficaz hoy. Así mismo, cuando se analizan las causas del fracaso de la izquierda en Venezuela como un proceso debido exclusivamente a las acciones represivas del sistema y se deja de lado los cuantiosos errores de aquella, se está disfrazando la realidad e ingenuamente autoengañándose.

Lo mismo podemos decir cuando se ve la democracia y el capitalismo venezolano como una especie de depósito de males y adversidades, donde absolutamente todo ha sido opresión, injusticia y demagogia. Aquí no se está haciendo análisis y discernimiento social, sino que se está sobreponiendo a la realidad juicios uniformes que no dejan lugar al matiz claro-oscuro de la ambigüedad desde donde es posible el diálogo con el adversario.

Esquemas de interpretación como los ejemplificados no permiten la acción política de lo posible hoy. ¿Qué podemos hacer si esta realidad no da lugar ni chance a ninguna otra alternativa distinta a ella? Sólo queda la acción apocalíptica y el sueño utópico. Por otra parte, tampoco posible comprender el comportamiento socio-político de las mayorías del país más allá de la interpretación que brindan las categorías de alienación o ignorancia colectiva.

Sin embargo, nuestros grupos, organizaciones y dirigentes populares, tienen entre sus manos poderosos antídotos para librarse de caer en la ideología revolucionaria. Uno de ellos es la identidad y comunión que existe entre el sujeto organizado y su pueblo. No se funciona bajo la

lógica del binomio líderes-masa sino bajo el esquema de la horizontalidad de relaciones abiertas y directas. Esa simbiosis de relaciones preserva contra falsos juicios y enmascaramientos de la realidad en cuanto que proporciona un acceso directo al sentido común del hombre de la calle. Desde ese encuentro nace la invitación a la honestidad y fidelidad en el servicio, al realismo en la acción y a la relativización de muchos presupuestos teóricos. Esta es por lo menos mi experiencia.

También el movimiento popular se ha concebido desde sus inicios como un todo orgánico en donde una parte importante del trabajo es la elaboración de materiales educativos y formativos para comprender la realidad e iluminar la praxis de transformación. Cada vez más en Venezuela y en América Latina se está produciendo este tipo de apoyos técnicos que, junto al asesoramiento de especialistas en diversas materias, constituyen un soporte básico para la tarea de la formación popular.

Finalmente, si se entienden las formas de rebelión social y organización civil y política que están surgiendo en los barrios como proceso en gestación de una nueva cultura urbana emergente, entonces la apertura a la novedad es la actitud fundamental del sujeto popular organizado. Desde esta perspectiva es muy difícil mantenerse en el esquema de la ideología revolucionaria. La apertura a la novedad implica el ensayo y el error, el discernimiento y la búsqueda constante. La creatividad y la apuesta por lo que desde ella se intuye se convierten en la dinámica fundamental de la construcción del futuro. La revisión y evaluación humilde y sincera de los pasos dados es la garantía para el acierto en el proceso. Creer en "los poderes creadores del pueblo", en sus capacidades y potencialidades, lleva consigo a no cerrarse en ningún discurso ideológico por muy revolucionario que sea, sino que supone la actitud de sumergirse siempre más a fondo en la vida del pueblo para comprenderle cada vez mejor.

NOTAS:

- (1) Cfr. MADURO, Otto. *Marxismo y Religión*. Caracas, Monte Avila editores, 1977. págs. 99-192.
- (2) Cfr. LENIN, V.I. *Acerca del infantilismo "izquierdista" y del espíritu pequeño burgués*. En: V.I. LENIN OBRAS ESCOGIDAS. Tomo 2, Moscú, editorial Progreso, 1978. págs. 712-736.
- (3) Citado por: KUDO, Tokihiro y TOVAR, Cecilia: *LA CRITICA DE LA RELIGION*. Lima, Centro de estudios y publicaciones CEP, 1982. pág. 61.